

SANTOS MARCO Y MARCELIANO, HERMANOS, MÁRTIRES

Día 18 de junio

P. Juan Croisset, S.J.

San Marco y San Marceliano, hermanos gemelos, fueron hijos de Tranquilino, caballero romano, y de Marcia, señora también romana, ambos muy distinguidos en Roma, tanto por su noble nacimiento como por sus muchas riquezas. Tuvieron la desgracia de ser gentiles, y la misma tenía toda la familia; pero el Señor sacó grande fruto de tan mal terreno. Por dicha de los dos hermanos los depara el mismo Señor un ayo cristiano, que los crió en la verdadera religión, y sin que sus padres lo entendiesen llegaron á ser de los más ardientes y más celosos discípulos de Jesucristo.

Aunque ambos tenían grandes deseos de conservarse en el celibato, uno y otro se vieron precisados á casarse con dos doncellas paganas. Consolábanse con la esperanza de ganarlas algún día para Jesucristo; y antes que con las palabras las comenzaron á predicar con su virtud, con su agrado y con sus buenos ejemplos. No se ignoraba ya en su familia la religión que profesaban; y también se tenía, muy conocida su resolución y su constancia. Por su prudencia y por su buen modo supieron ponerse á cubierto por algún tiempo contra los crueles edictos de Diocleciano. Asistían secretamente á los fieles, animaban á los santos confesores, socorrían todas las necesidades y no tenía límites su caridad.

Pasaban los días en piadosos ejercicios, y, creciendo su celo conforme iba creciendo la persecución, fueron

presos por cristianos, y encerrados en un calabozo subterráneo, lóbrego y hediondo. Viéndose arrestados, fue su alegría tan grande como indecible la consternación de toda su familia. Había mucho tiempo que era el martirio único objeto de toda su ambición, esperando les concediera el Señor la gracia de derramar su sangre y dar la vida por su gloria. Por el valor y por la constancia con que confesaron á Jesucristo en el tribunal del prefecto de Roma fueron condenados á azotes. Sufrieron este cruel é ignominioso suplicio con tanto valor, que hasta los mismos gentiles estaban asombrados. Acudió toda su familia á persuadirlos que obedeciesen los edictos de los emperadores, ó á lo menos que disimulasen su religión, afectando rendir algún culto á los ídolos ; pero fueron inútiles sus exhortaciones. Enemiga su fervorosa fe de toda simulación, se mantuvo siempre inalterable. Persistieron constantes en publicar á voz en grito que la religión pagana era extravagante, infame, abominable, y que no había ni podía haber otra verdadera que la que profesaban los cristianos. Desesperado el juez de reducirlos, pronunció sentencia de que fuesen degollados. Publicada esta sentencia, fue imponderable la aflicción de toda la familia. Arrojáronse todos los parientes á los pies del prefecto de la ciudad, ó de su teniente Cromacio, suplicándole suspendiese la ejecución por algunos días, no desconfiando de que los vencerían y obligarían á renunciar la fe de Cristo por conservar la vida. Movidó de sus ruegos y de sus lágrimas les concedió treinta días de término, en cuyo tiempo se prometían jugar también todas las máquinas que al fin cansarían su constancia. Por una orden expresa, signada de mano del Emperador y firmada del prefecto, fueron entregados los dos hermanos Marco y Marceliano al alcaide mayor de la Prefectura, el cual los pasó á su casa en lugar de cárcel. Aquí sufrieron los dos héroes de la religión los combates más poderosos que podían hacer á un corazón humano el

amor, el agradecimiento y la ternura. Su padre Tanquilino, su madre Marcia, sus mujeres y sus hijos, todavía tiernos y de pecho, ya juntos, ya separados, acudieron todos á combatirlos, y no perdonaron á diligencia alguna para derribarlos. Lo mismo hicieron por su parte los amigos de ambos Santos, uniendo todas sus fuerzas para abatir aquella heroica constancia. No vio el mundo ataque más violento ni más dificultoso de sostener.

Presentábase Tranquilino, anciano venerable, y, sentado delante de sus hijos, les mostraba aquella cabeza toda cubierta de canas, aquel semblante todo surcado de arrugas, sin hablarles más palabra ni acertar á explicar la grandeza de su dolor con otra voz que con el de un torrente de lágrimas sosegadas. Su madre Marcia, desgredada y toda anegada en un descompuesto llanto, se arrojaba á sus pies y los suplicaba que, á lo menos, tuviesen la piedad de quitarla la vida antes que padecer el tormento de sobrevivir á su suplicio. Resonaban en toda la casa los gritos, los llantos, los gemidos de sus dos afligidísimas mujeres, que, teniendo los pequeñuelos hijos en los brazos y mostrándoselos a sus maridos, los conjuraban que tuviesen compasión de aquellas inocentes víctimas. Poníanse de rodillas delante de ellos, y les decían cuanto afectuoso, cuanto tierno, cuanto eficaz pueden inspirar el amor más encendido y el más penetrante dolor. Los amigos mezclaban sus lágrimas con las de los parientes y de los criados, formando todos un ataque tanto más fuerte cuanto más repetido, porque cada día volvían á la carga. Arrastraba luto toda la familia; y aquel conjunto de llantos, de gritos, de quejas, de gemidos y de objetos capaces de ablandar y deshacer el corazón más insensible, era el espectáculo más funesto y más tentador que jamás se había ofrecido á la vista; combate verdaderamente terrible, ora se considerasen todas las fuerzas unidas, ora viniesen al

ataque separadas.

Por lo que toca á las razones de unos y otros, fácilmente las resistieron con vigor Marco y Marceliano; más dificultad les costó pelear contra las lágrimas, y estorbar que no penetrasen hasta el corazón. Era á la verdad muy largo el término de treinta días para sufrir cada uno de ellos tantos asaltos, y para hacer resistencia á tantos artificios. Con efecto; como se emplearon contra los dos santos hermanos las más poderosas armas que sabe afilar la ternura, los medios más eficaces que puede aplicar el amor, los más tiernos afectos que puede encender el excesivo amor de un padre y de una madre, y los más halagüenos artificios que sabe manejar la elocuencia natural de una esposa extremadamente afligida, comenzaba á desmayar un poco su constancia, no se mostraban ya tan insensibles, y, sin poderlas contener, concedían algunas lágrimas á la violencia de los ataques. La tristeza del semblante y su mismo melancólico silencio daban á entender bastantemente que comenzaban á titubear, cuando San Sebastián, capitán de la primera compañía de guardias del Emperador, que todos los días concurría á visitarlos, se declaró en su, socorro muy á tiempo, y alentó aquellos ánimos vacilantes. «Pues qué, hermanos míos, les dijo con tanto espíritu como divina elocuencia; ya que estáis casi tocando el fin de la gloriosa carrera, ¿será posible que los gritos de vuestros hijos y de vuestros parientes os hayan de hacer volver atrás con ignominia? Parece que sus lágrimas han apagado vuestro amor de Dios y vuestra fe. ¿Adonde se fue aquella cristiana magnanimidad que mostrasteis en los mayores tormentos? ¿Permitiréis que os arranque el laurel de la cabeza el artificioso llanto de vuestras mujeres, y el pueril de vuestros hijos? ¿Seréis apostatas por alargar algunos pocos días más la vida de un padre y de una madre que ya no pueden durar mucho? ¿Ignoráis que desde la cuna á la sepultura hay poco

trecho, y desde la ancianidad á ella casi ninguno?». Y, volviéndose después á los presentes, los habló con tanta energía, con tanto ardor sobre la excelencia de nuestra religión, sobre la dicha de dar la vida en defensa de la fe de Jesucristo; hízoles un retrato tan vivo de los bienes y de los males de la vida eterna, que no solamente fortificó á los dos hermanos en su confesión, haciéndoles invencibles, sino que convirtió al alcaide Nicóstrato y á su mujer Zoé, con Tranquilino, padre de los dos ilustres confesores, y con Marcia, su madre.

No se puede explicar el gozo de los dos Santos cuando vieron convertidos en discípulos de Jesucristo á los mismos que habían hecho tantos esfuerzos para que ellos lo dejaran de ser. Hízoles San Marco un razonamiento dirigido particularmente á su padre, á su madre, á su mujer y á su cuñada, en que los exhortó á mantener constante y generosamente la fe que deseaban abrazar, sin temer cuanto el demonio podía intentar para arrancársela, despreciando, por conseguir una felicidad sin fin y sin límites, una triste caduca vida, expuesta á mil contingencias y perenne manantial de aflicciones y desdichas. Deshacíanse en lágrimas todos los concurrentes, mezclando el dolor de su pasada ceguedad con las gracias que rendían á Dios por haberlos sacado misericordiosamente de ella; y Nicóstrato protestó que no comería ni bebería hasta haber recibido el santo bautismo.

Pasados los treinta días, llamó Cromacio á Tranquilino, y le preguntó si sus hijos se habían rendido en fin á sus paternas exhortaciones; pero quedó atónito cuando le oyó decir que también él se había hecho cristiano. Y por no repetir lo que ya dejamos escrito en la Vida de San Sebastián, el mismo Cromacio siguió el ejemplo de Tranquilino, siendo uno de los más ilustres jefes que capitaneó aquella tropa con tanto triunfo de

nuestra santa religión. Esta conversión facilitó la libertad de nuestros Santos, los que se quedaron en la ciudad con San Sebastián, socorriendo á los fieles y alentando á los confesores.

Luego que Cromacio recibió el bautismo, renunció su empleo de teniente de prefecto, y habiéndole sucedido Fabiano, hombre cruel, y declarado enemigo de los cristianos, renovó la persecución contra ellos. Mandó se le trajesen todas las causas que había dejado pendientes ó había suprimido su predecesor. Fueron segunda vez arrestados Marco y Marceliano, los cuales, como ya estaban sentenciados á muerte, y como persistían generosamente en la confesión de Jesucristo, mandó que se ejecutase al punto la sentencia. Mostró su crueldad el nuevo juez en el género de suplicio á que los condenó, poco usado singularmente con personas de su calidad. Fueron atados á un tronco los dos santos mártires, traspasándoles los pies con dos grandes clavos. Era el tormento de los más dolorosos; pero, en medio de serlo tanto, no fue capaz de debilitar su constancia ni de suspender su alegría; mostrábanla en el semblante y la manifestaban en los devotos cánticos con que alababan al Señor, sin otro resentimiento ni otro miedo que el que se les acabase presto el padecer. Pasaron así un día y una noche, sin que la vehemencia del dolor alterase su tranquilidad y su paciencia. Al día siguiente, no pudiendo Fabricio sufrir más su generosa perseverancia, mandó que les quitasen la vida traspasándolos con lanzas. Expiraron pronunciando los sagrados nombres de Jesús y María, el día 18 de Junio de 286. Fueron enterrados á cuatro leguas de la ciudad en un lugar que se llamaba *de las Arenas*, donde se construyó después un cementerio de su nombre entre la vía Apia y la Ardeatina. Algún tiempo después fueron trasladadas á Roma sus reliquias, las que estuvieron ocultas hasta el año de 1582, en el pontificado de Gregorio XIII, que se hallaron con el cuerpo de San

Tranquilino en; la iglesia de San Cosme y San Damián.

La Misa es en honor de los dos Santos, y la oración la siguiente:

Concédenos ioh Dios omnipotente! que, pues celebramos el nacimiento al Cielo de tus santos mártires Marco y Marceliano, seamos libres por su intercesión de todos los males que nos amenazan. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 5 de la de San Pablo á los romanos.

Hermanos: Justificados por la fe, tengamos paz con Dios por medio de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual tenemos acceso en virtud de la fe á esta gracia, en la cual estamos constantes y nos gloriamos con la esperanza de la gloria de los hijos de Dios. No sólo esto, sino que nos gloriamos también en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce la paciencia, la paciencia la prueba, y la prueba la esperanza; la esperanza después no confunde, porque la caridad de Dios se derramó en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos fue dado.

REFLEXIONES

La esperanza nace de la fe, y la caridad es inseparable de la verdadera fe y de la verdadera esperanza. El que verdaderamente espera y cree, ama. La luz de la fe nos descubre en Dios un poder tan ilimitado, una bondad tan infinita, una felicidad tan llena y tan sobreabundante, con una infalibilidad tan esencial y tan caracterizada, que no parece posible tener fe viva y no amar á Dios sin reserva; como tampoco lo parece

amarle con perfecta caridad, sin esperar de su bondad con firme confianza los bienes que nos tiene prometidos y que Jesucristo nos mereció; cuales son la salvación eterna, y aquellas gracias y auxilios que nos son necesarios para llegar á este dichoso término. La esperanza dudosa ó poco firme, es señal de una fe medio apagada; el que ama poco, espera menos. Es la fe el fundamento del edificio; nunca flaquea sin que el edificio se resienta; la fe sin obras es muerta, y el justo vive de la fe.

La esperanza no engaña ni confunde. Sabed, hijos míos, dice el Espíritu Santo por el Eclesiástico, que ninguno esperó jamás en Dios que fuese confundido en su esperanza. Hay poca proporción entre el salario y el trabajo, entre la gloria del triunfo y la ligereza del combate, entre el camino y el término, que con mucha razón podemos decir con San Pablo: Ninguna proporción tienen los trabajos de esta vida temporal y caduca con la gloria que nos espera en la eterna. Derrámese el amor de Dios en nuestros corazones, y fácilmente comprenderemos este oráculo. Al que ama á Dios, todo se le hace fácil.

El Evangelio es del cap. 11 de San Lucas.

En aquel tiempo decía Jesús á los escribas y fariseos : ¡ Ay de vosotros que edificáis monumentos á los profetas, y vuestros padres fueron aquellos que los mataron! Ciertamente dais testimonio de que consentís en las obras de vuestros padres, porque ellos quitaron la vida á los profetas, y vosotros les edificáis sepulcros. Por eso la sabiduría de Dios dijo: Yo les enviaré profetas y apóstoles, y á unos matarán, y á otros perseguirán, para que se pida cuenta á esta generación de la sangre de todos los profetas que se derramó desde el principio del mundo, desde la sangre de Abel hasta la sangre de

Zacarías, que pereció entre el altar y el templo. Y así os digo que se pedirá cuenta á esta generación.

MEDITACIÓN

De la falsa conciencia.

PUNTO PRIMERO.—Considera que la conciencia, hablando propiamente, es aquella aplicación de la ley que cada uno se hace á si mismo. Esta aplicación de la ley de Dios cada cual se la hace según sus fines, según sus alcances, según el carácter de su entendimiento, y muchos según los secretos movimientos, la inclinación y la actual disposición de su corazón. Considerado el orden de las cosas, que es el orden de Dios, la conciencia debía ser la regla de los deseos, y no los deseos la regía de la conciencia; pero ésta es la ilusión y la iniquidad á que estamos sujetos: en lugar de arreglar los deseos por la conciencia, hacemos conciencia de los mismos deseos, y porque aquélla se funda en éstos, todo lo que deseamos y queremos nos parece justo y bueno; y, pasando adelante el error, tal vez nos parece perfecto y santo. El entendimiento es el juguete del corazón, y nosotros lo somos de nuestra falsa conciencia. No se consulta ni la ley de Dios ni el Evangelio; todo se pesa en nuestra balanza, y todo se juzga en nuestro tribunal; queremos que sean las cosas aquello que quisiéramos que fuesen: lo más falso, lo más inicuo y lo más condenable, á fuerza de quererlo, es para nosotros lo más cierto, lo más justo, lo más meritorio y lo más perfecto. ¿De dónde viene este desorden del corazón? De que no se consulta á la razón, ni mucho menos á la religión y á la fe, sino á la pasión; sólo se da oídos á la voz de los deseos y del interés, este solo oráculo se respeta.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que no hay cosa más perniciosa ni más digna de temerse que la falsa

conciencia. Todo error es peligroso, singularmente en materia de costumbres; pero no le hay más perjudicial ni de más funestas consecuencias que el que inficiona el principio ó la regla de las mismas costumbres, que es la conciencia. *Si tus ojos no están claros*, dice el Salvador, *todo tu cuerpo andará en tinieblas*. Los ojos de que habla el Señor no son otros que la conciencia que nos alumbrá, que nos guía y que gobierna nuestras acciones. Si esta conciencia, que es el farol de nuestra alma, viene á apagarse, ó en parte á obscurecerse, necesariamente hemos de dar muchos traspiés. Con una falsa conciencia no hay mal que no se cometa, y se comete con toda seguridad; esto es, sin esperanza de remedio.

Considera hasta dónde pueden y suelen llegar los desórdenes de una conciencia ciega y presuntuosa desde el mismo punto que se mete á ser conciencia. ¿Qué delitos no excusa? ¿Qué maldades no colorea? Cuando la conciencia va de acuerdo con el amor, con la inclinación á los pasatiempos, con la ambición, con la concupiscencia; cuando se forma por la animosidad, por el despiques y por el odio; pervertida por una parte, y presumida de conciencia por otra, todo lo emprende, á todo se arroja, todo lo encubre, todo lo santifica y todo lo permite. ¿Quién podrá poner límites á la pasión, cuando ésta no tiene freno? ¿Cuándo la autoriza hasta la misma conciencia? La falsa conciencia es un abismo sin suelo. Pero ¿quién podrá salir de este abismo? No hay voz que grite, no hay trueno que espante; por el contrario, la misma conciencia sosiega, tranquiliza, adormece, amodorra, y hace que tengamos por enemigo de nuestra quietud todo lo que nos despierta, todo lo que nos inquieta, todo lo que nos perturba, para tenernos sepultados en las más espantosas tinieblas.

No permitáis, Señor, que me suceda esta desgracia; venga sobre mi cualquiera otro castigo, antes que el de

estas desdichadas tinieblas. ¿Cuáles han sido hasta aquí mis caminos ó mis descaminos? ¡Cuántas veces quise autorizar mis desvaríos y calmar mis remordimientos, sofocando las luces de vuestra gracia! Haced, Señor, que éstas se vuelvan á encender en mi alma; concededme este favor, pues ya no quiero otra regla de mi conducta que la de vuestra santa ley.

JACULATORIAS

Guiadme, Señor, por el camino de tus santos Mandamientos, y entraré derecho por el de la verdad y la justicia.—*Ps.* 85.

Haced, Señor, que jamás pierda de vista vuestra santa ley.— *Mat.*, 20.

PROPÓSITOS

1. Desde hoy has de procurar comprender bien los funestos efectos de una conciencia errónea, sea en materia de fe, sea en materia de costumbres; es un manantial de aguas emponzoñadas que comunica su veneno á todos los arroyos que salen de él, siendo el mal tanto mayor cuanto hace menos ruido. La falsa conciencia da la muerte sin dolor, por explicarme de esta manera. Se yerra, se descamina groseramente con tranquilidad, se peca contra las más sagradas leyes de la religión, y falta poco para que no se juzgue meritorio el odio y la venganza que se abriga en el corazón, y aun se comunica á las acciones, juzgando meritoria la ambición, la vanidad, la profanidad, la dureza y la avaricia. ¡Cuántos viven amodorrados con una falsa seguridad en medio del error!

2. Desconfía de tu propio juicio; mira que está muy expuesto á ser corrompido por el amor propio y por las

pasiones. Consulta con un santo y sabio director, y en su compañía examina si tus ideas, tus máximas y tu conducta se conforman con las máximas del Evangelio. ¿Es muy pura tu fe? ¿No te dejas llevar de algunas falsas preocupaciones, siguiendo cierto espíritu de parcialidad? Júzgate desde luego sin piedad, y no esperes á que venga la muerte á ponerte de par en par las maldades de tu conciencia.